

Ilustración

CARLOS GIGENA SEEBER

(Artista plástico argentino contemporáneo)

Carlos Gigena Seeber rescata al sujeto. En su arte logra la convergencia de los entes que componen el cosmos junto a la presencia de la conciencia. La estructura del universo se halla inserta en la deconstrucción permanente que modela en continuidad las leyes físicas que nos rigen. En ese comportamiento cuántico de orden y caos alternativos, y de sistemas que llegan al equilibrio para morir y generar nuevas posibilidades lejos de él, el artista incorpora al hombre. A ese **Ser** arrojado a la existencia con la conciencia mayor de la naturaleza. Ambas vertientes parecen no corresponder a una misma unidad de observación. Pero el **ser-hombre** para poder sobrellevar a su Ser arrojado a la muerte debe inevitablemente dotar a su presencia de una imaginación que sustente un esfuerzo de presencia por encima de conceptos de muerte y tiempo que lo desesperanzan. El eros y la supervivencia –pertenecientes simplemente a su ser– si bien rigen su comportamiento instintivo, ya no fueron constituyentes únicos del pensamiento cuando el hombre se centralizó en su razón. Seeber profundiza este concepto para integrar su obra en donde la conciencia –el sujeto– se halla presente en el proceso deconstructivo del cosmos, mostrando en un mismo espacio caos/orden, arte/existencia, figura/metafísica. Para ello trabaja en lo que el **ser-hombre** desde los tiempos más primitivos intentó dar a su presencia: armonía y belleza, percepciones que constituyen la abstracción de su imaginación, en una realidad diferente que le permite sobreponerse a su cansancio existencial. La búsqueda de Carlos Gigena se transforma en un refugio para el sujeto en este mundo posmoderno, en que el subjetivismo ha muerto. Entonces su arte se aparta de la razón instrumental, patrimonio del poder, para poder incorporar en el espacio-tiempo a la palabra, a los afectos, a la diversidad. Y esto constituye un soplo de aliento pues no se puede hablar de circunstancias sin sujeto y de este sin tener en cuenta el proceso histórico que lo contiene. Por eso en su obra se halla el relato de su crónica, de los objetos que aparecen y desaparecen en continuidad, tal cual sucede en cada ente de la naturaleza con su propio tiempo. Sus cuadros son límpidos, dinámicos, relatan un presente ínfimo en la danza existencial que proponen, pero dan tiempo a que pueda respirar el sujeto, su propio **Ser**, que con esto se encamina con la técnica en carácter de herramienta hacia un estado espiritual, deseable y necesario.



"Transformaciones 5"
Acrílico sobre tela, 90 × 90 cm



"Transformaciones 6"
Acrílico sobre tela, 89 × 88 cm

LA PREGUNTA POR EL SER FUE UNA OBSESIÓN PARA LOS GRIEGOS, MÁS ALLÁ DE UNA CIERTA TENTACIÓN METAFÍSICA

Los griegos llegaron a tal límite con la razón y a tanta sensibilidad con la angustia existencial que debían inevitablemente revolucionar su pensamiento entre las aguas del Mediterráneo, bajo la calidez y la transparencia del sol con los infinitos tonos rojos de sus ponientes. No fueron más allá de lo místico. Aceptaron compartir esa belleza del paisaje y la razón con la ignorancia que se extendía hasta lo sagrado. No se aventuraron en una cadena desenfrenada por el progreso. Cada paso de la racionalidad debía ser acompañado de la estética. La razón, el sentimiento y el instinto fueron mezclados por ellos en una proporción que no los comprometieran con Némesis, diosa de la venganza.

Vivieron honrando el ocio, lejos del apuro que hoy estallan desmedidos en las ciudades determinadas únicamente por la razón técnica. En los griegos todo el cosmos era un equilibrio natural que no debía ser desgarrado por conquistas que no incluyeran el pensamiento. No presumían de la voracidad del progreso, por eso nunca constituyeron un imperio. Se sometieron al propio riesgo de abrirse a la estética.

Luego de ellos el mundo se divorció de la belleza y del sentimiento. Se sometió a los guerreros, a los bárbaros, a aquellos que en el culto a la belleza vieron la debilidad humana. El poder se hizo al honor de los conquistadores, a los que triunfaban por la fuerza para sobrepasar los límites y vencer a la belleza y a la estética. No tuvieron temor en emplear la ignorancia y la fragilidad que concebían de lo estético en el proceso social de la democracia. El mundo se edificó sobre la debilidad de la sociedad esclavizada al margen del concepto de la belleza. Ya no se defendió al hombre. La civilización griega fue prolongación inevitable, con la armonía y la belleza ofrecidas, a un hombre que no se terminaba de despegar de lo animal. Lo que siguió fue la mala conciencia del hombre empeñado en destruir la armonía de la naturaleza. Luego de ellos, los vencedores, hicieron una sociedad lo más cerca posible de su propia destrucción.

No por azar habían avizorado los griegos el concepto de la tragedia. Fue la rebeldía superior a su propia belleza con el fin de profetizar lo que sobrevendría en el hombre: la crisis habitual en la que se desenvuelve con su violencia racional-instintiva, ocultando el sentir como belleza con el solo fin del poder, de la supervivencia, de la dominancia. Así quedó Grecia a nuestras espaldas, quizás con un hombre más refinado que los siglos posteriores.

El hombre hoy construye ciudades modernas con el mismo temple de los pueblos bárbaros, alejados de lo natural y del equilibrio, pisoteando con la razón nuestra verdadera ignorancia existencial. La historia se escribió con el poder y la gloria. Se honró a la victoria y al deseo. Se menospreció a la armonía del hombre con la naturaleza y al misterio como el límite. Lo sagrado se hizo poder, no fue la frontera de la razón. Este es un mundo agotado. No hay tiempo para observarse: solo para correr detrás de conquistas que se desmoronan.

Grecia fue un pensamiento abierto a la amplitud del conocimiento. Abarcó desde lo existencial pasando por lo sagrado para llegar a lo político, en una armonía que no alterara su reflexión. Nunca se explicaron todo porque sabían de sus límites. Eso no los preservó de la omnipotencia de los que observaban sus movimientos con ojos de cazadores. Heráclito había profetizado el cambio continuo. El equilibrio estaba en no sobrepasar los límites hacia donde hacer reinar a la ignorancia, y en respetar la incapacidad natural de ir más allá de la posibilidad racional. En acatar la justicia que llevó convencer a Sócrates de someterse a la condena social. Entregando su vida dejó la enseñanza de que el hombre por tener esta conciencia debe constituir un acto moral. Desde Alejandro hemos amado a los conquistadores. Valorizado el triunfo por sobre el fracaso. El poder por sobre el dolor.

La tragedia que inventaron los griegos tenía el tenor de una profecía que con el correr de los siglos se transformó en la forma de vida habitual. Hoy la tragedia que acontece no es teatro, se desplaza por las calles de las grandes ciudades convertidas en una gran escena natural con millones de actores que actúan por la obligatoriedad que impone la sociedad humana a través del poder. El guión es azaroso y circunstancial en una escena en que todos se mueven al mismo tiempo sin saber de los otros como si no fueran ellos mismos. Pericles al fin de ese tiempo de oro de los griegos ya lo había advertido: “hace mucho tiempo les advertí del riesgo que engendra la democracia”.

*Carlos Gigena Seeber nos deja una obra reflexiva. La pregunta que esgrime no es ¿hacia dónde va la historia que construye el hombre?, sino ¿hacia dónde va la existencia biológica que tiene al hombre como proyecto? En este punto radica el verdadero sentido humano con su vida, en la que en ningún momento el **Ser-hombre** pudo elevarse con su conciencia relativa, pero suficiente, para imponer al espíritu por encima del egoísmo. ¿Hay en el **Ser** un objetivo finalista o es solo una secuencia hacia una meta (más allá) tan incomprensible como es aún su origen?*

Jorge C. Trainini